

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Un domingo agitado: el mitin de los círculos obreros y la "contra-manifestación" liberal. La contienda por las calles en el Buenos Aires del novecientos.

Inés Rojkind.

Cita:

Inés Rojkind. (2005). *Un domingo agitado: el mitin de los círculos obreros y la "contra-manifestación" liberal. La contienda por las calles en el Buenos Aires del novecientos. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/458>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Un domingo agitado: el mitin de los círculos obreros y la contra-manifestación liberal. La contienda por las calles en la Buenos Aires del novecientos.

(Inés Rojkind)

Meetings y bochinches

Una noticia ocupaba las principales páginas de los diarios porteños el lunes 30 de septiembre de 1901. Las crónicas periodísticas referían con detalle los incidentes que en la víspera habían interrumpido la rutina de una tarde de domingo en la ciudad. “Fue un día excepcionalmente movido el de ayer en Buenos Aires”, comentaba una de las descripciones. Mientras muchos disfrutaban de los habituales paseos al aire libre, las salidas al teatro o los encuentros en el hipódromo, un “ingrato episodio” tenía lugar en las calles del centro, donde durante varias horas se sucedieron los “meetings y bochinches”.¹

En realidad, todo comenzó bien temprano por la mañana, cuando una multitud se congregó en la estación del ferrocarril del Oeste, frente a la plaza Once. Eran integrantes de los Círculos de Obreros que se dirigían en peregrinación a la basílica de Luján. La institución, creada en 1892 por el Padre redentorista Federico Grote, combinaba las labores de asistencia e instrucción con la prédica ideológica, pues lo que se buscaba era contrarrestar la influencia de las corrientes contestatarias entre los trabajadores. Grote y sus seguidores aconsejaban la cooperación entre las clases sociales y el uso de medios pacíficos para mejorar la situación del obrero; eran partidarios, asimismo, de que el Estado impulsara la sanción de leyes protectoras que previnieran el agravamiento de las tensiones sociales.² Al despuntar el nuevo siglo, y en la medida en que se multiplicaban las actividades de socialistas y anarquistas, los grupos católicos procuraron reforzar su presencia en el mundo del trabajo urbano. Desde 1893, había sido instituida la costumbre de efectuar una peregrinación anual al santuario de Luján y, año tras año, conforme se intensificaba

¹ *El Diario*, 30 de septiembre de 1901, p. 1.

² Véase Néstor Auza: *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, tomo I *Grote y la estrategia social (1890-1912)*. Buenos Aires, Editorial Docencia-Ediciones Don Bosco-Editorial Guadalupe, 1987, pp. 23-43; Héctor Recalde: *La Iglesia y la cuestión social (1874-1810)*. Buenos Aires, CEAL, 1985, pp. 65-79; Hilda Sabato: “La multiplicación de asociaciones. 1890-1920”, en Roberto Di Stefano, Hilda Sabato, Luis A. Romero y José Luis Moreno: *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina. 1776-1990*. Buenos Aires: Gadis, 2002, pp. 148 y 149.

la acción del movimiento, aumentaba también la importancia que adquiriría aquel evento. En particular, la peregrinación de 1901 fue, al decir de un diario de la época, “quizás la más concurrida de las organizadas por los círculos” hasta ese momento. En tres trenes reservados para ellos, miles de socios (sólo hombres) viajaron a Luján acompañados por las autoridades de la entidad y por representantes de la jerarquía eclesiástica.³

La ceremonia religiosa transcurrió tal cual lo previsto. Los “peregrinos” —como los llamaban las crónicas— se trasladaron hasta la Catedral de la ciudad, donde asistieron a una misa oficiada en su honor e hicieron bendecir los estandartes de la asociación. Pasado el mediodía, emprendieron el regreso hacia la capital; pero los eventos de esa jornada aún no habían finalizado. En Buenos Aires, se preparaba un mitin que, partiendo de la plaza Once, habría de llegar hasta la Casa de Gobierno. El objetivo era solicitarle al presidente Julio A. Roca que impulsara la sanción de leyes sociales en beneficio de las clases trabajadoras. Los socios recién arribados de Luján formaron una “inmensa columna” que avanzó por la Avenida de Mayo portando los emblemas recién bendecidos y dos banderas argentinas. Durante el recorrido, se fueron sumando algunos adherentes, “ciudadanos espectables” —decían las notas— que deseaban expresar su respaldo a la obra del Padre Grote: un grupo de sacerdotes, representantes de otras sociedades católicas y también unos cuantos jóvenes, aparentemente, estudiantes de la Facultad de Derecho. Al igual que en la peregrinación, del mitin participaron únicamente hombres.⁴

El Jefe de Policía de la capital, el comisario Francisco Beazley, había dispuesto un importante operativo de seguridad destinado a prevenir que se originaran incidentes. No obstante, desde el principio “flotaba algo en el ambiente que decía que la manifestación no concluiría en el orden deseado”, y así fue.⁵ Los primeros inconvenientes ocurrieron en el lugar de la concentración, la plaza Once, mientras los militantes católicos se acomodaban para iniciar el recorrido. Fue entonces que hicieron su aparición los “contra-manifestantes”, grupos pequeños que se mezclaban

³ Según las crónicas, en total se desplazaron cerca de 5 mil personas. *La Prensa*, 30 de septiembre de 1901, p. 5; *El Diario*, 30 de septiembre de 1901, p. 1. Las mujeres estaban excluidas de las actividades internas y externas de los círculos; ver Auza: *Grote y la estrategia social ...*, p. 45.

⁴ Sobre la peregrinación y el mitin de los círculos obreros ver *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1 (la publicación no aparecía los lunes); *La Prensa*, 30 de septiembre de 1901, p. 5; *La Nación*, 30 de septiembre de 1901, p. 5; *El Tiempo*, 30 de septiembre de 1901, p. 1; *El Diario*, 30 de septiembre de 1901, p. 1; *El País*, 30 de septiembre de 1901, pp. 5 y 6; *Tribuna*, 30 de septiembre de 1901, p.1; *Caras y Caretas*, 5 de octubre de 1901. El relato que sigue está armado a partir de esas noticias.

⁵ La frase es de *La Nación*, 30 de septiembre de 1901, p. 5.

entre los recién llegados para silbarlos e insultarlos. Los ataques recrudecieron en cuanto los círculos iniciaron la marcha. “¡Abajo el oscurantismo!”, gritaban los alborotadores, “¡mueran los cuervos!, ¡mueran los parásitos!” Los católicos continuaron avanzando, pero en cada esquina los esperaba una nueva emboscada que lanzaba sobre ellos “lluvias de piedras”. La policía intervino en auxilio de los manifestantes, pero no le resultó fácil controlar la situación pues “cuando se disolvía un grupo al momento se formaba otro en un sitio distinto”. Como los tumultos no cesaban, la represión se intensificó. Los agentes cargaron “machete en mano” contra los provocadores, “con una violencia que transparentaba el propósito de imponerse por la fuerza”. Los agredidos, por su parte, tampoco se quedaron atrás; unos cuantos peregrinos abandonaron la columna y “se trabaron en lucha a brazo partido, a puñadas, a mordiscos, a puntapiés” con sus contendientes. Hubo “trompadas y bastonazos entre los grupos de una y otra parte”, de todo lo cual resultó una verdadera batalla campal que dejó numerosos contusos y decenas de arrestados.⁶

Finalmente, el mitin de los círculos de obreros consiguió llegar a la Plaza de Mayo. De inmediato, un cordón de vigilantes rodeó el lugar, bloqueando el acceso de cualquier persona ajena a la demostración. Los dirigentes de la institución se entrevistaron con el presidente Roca en la Casa Rosada para pedirle que impulsara la sanción en el Congreso de dos proyectos que contribuirían a mejorar la situación de los trabajadores. Roca los felicitó por la acción benéfica que cumplían y se comprometió a garantizar la suerte de ambas iniciativas. Enterados de la promesa presidencial, los manifestantes saludaron con aplausos y vítores al primer mandatario que los observaba desde el balcón y, de a poco, se fueron retirando sin que se produjeran nuevos desórdenes. Fuera del perímetro de la Plaza de Mayo, sin embargo, tuvo lugar un episodio del que luego se habló bastante: el ataque a la Iglesia de La Piedad. Al igual que otros templos cercanos al recorrido de la demostración, la iglesia había estado vigilada durante toda la tarde. Concluido el acto en la plaza y como no se percibía ningún movimiento extraño, el comisario a cargo de la custodia decidió levantarla. Los policías se aprestaban a cumplir la orden cuando —sorpresivamente— irrumpieron en el lugar decenas de contra-manifestantes que venían escapando de la represión. En pocos minutos, rodearon el

⁶ *El País* habla de más de cien detenidos por los disturbios de aquella tarde.

edificio y dando gritos contra los frailes comenzaron a apedrearlo. “Muy a duras penas”, los vigilantes apostados en el atrio trataban de contenerlos. Fue necesario pedir refuerzos y sólo entonces consiguió la policía dispersar a los asaltantes. En medio de la confusión, se escucharon algunas detonaciones y un agente cayó herido de bala. La reacción de sus compañeros fue inmediata: “hicieron varios disparos sobre los grupos, no explicándose cómo no hubieron numerosos heridos y hasta algunos muertos”.⁷

Peregrinos y contra-manifestantes

Lo ocurrido frente al atrio de La Piedad marcó el fin de los combates callejeros que hicieron de ese domingo un día *excepcionalmente movido*. La prensa convirtió a los “grandes escándalos” de aquella tarde en uno de los principales titulares de las ediciones del lunes. Los diarios se dedicaron a reseñar todos los pormenores que habían rodeado la realización del mitin de los círculos obreros. Evidentemente, esos relatos no eran simples descripciones, sino que pretendían también construir una explicación que diera cuenta de lo que se estaba narrando. De esos esfuerzos por interpretar y juzgar se desprendían imágenes que son las que a continuación intentaremos recuperar. En particular, vamos a rastrear en los comentarios periodísticos las visiones que se quería transmitir acerca de los protagonistas de los escándalos y sus motivos. Nos interesa explorar las representaciones inspiradas por los choques entre los obreros católicos y sus rivales porque creemos que esa dimensión simbólica era una parte sustantiva de la puja que desarrollaban por la ocupación del espacio público.

De la mayoría de los relatos surge una primera imagen de lo sucedido, aquella según la cual los manifestantes católicos habían sido objeto de un repentino y vergonzoso ataque perpetrado por un grupo de fanáticos. Evidentemente, el diario de los círculos era el principal interesado en difundir tal versión. Una y otra vez, *El Pueblo* recalcó que no había más que mirar las “caras alegres y brillantes” de los obreros reunidos alrededor de los estandartes de los círculos, para comprobar que eran “gente tranquila y ordenada” que marchaba conservando la mayor compostura.

⁷ *La Prensa*, 30 de septiembre de 1901, p. 5.

Contra esa “espléndida formación” habían arremetido sujetos “anónimos” que “en sus truhanescas actitudes demostraban siniestras intenciones”.⁸

Fueron varios los que, en la misma línea que el órgano de los círculos, denunciaron el “repugnante” atentado sufrido por los “tranquilos peregrinos” (y el hecho de que se los nombrara alternativamente como los *peregrinos* no es un detalle menor, puesto que la manifestación adquiría entonces un halo espiritual, como si hubiese sido una continuación, ahora en las calles de Buenos Aires, de la procesión efectuada por la mañana en Luján). “Obreros humildes trajeados con ropitas de cristianar” habían sido molestados por grupos que en “actitud hostil y agresiva” pretendían obstruirles la marcha. ¿Quiénes integraban esos grupos? En algunas crónicas se hablaba de “obrerros liberales”, lo cual —según los comentaristas— volvía los atropellos aún más reprochables puesto que las escenas presenciadas decían “muy poco a favor de la tolerancia y el respeto”.⁹ *El Pueblo*, en tanto, apuntó en una dirección más precisa: acusó a su enemigo declarado (“el diario de las logias masónicas”) poco menos que de haber instigado los desórdenes. Los “forajidos del domingo”, aseguraba, no eran otros que los “propios hijos” de *La Nación*. La prédica fundada en “el odio sectario contra la Iglesia” había dado sus frutos, era ése el sentimiento que estaba “en los espíritus y en los labios de aquellos desgraciados”.¹⁰

La Nación, en tanto, tenía su propia (y diferente) interpretación de los hechos. En su opinión, había que repartir las culpas, ya que “todos se han hecho acreedores de críticas en el día de ayer”. Indudablemente, los autores de los disturbios merecían la más enérgica condena. Esos “apasionamientos” no sólo eran impropios de los verdaderos liberales sino que además eran “indignos de una capital que ha llegado al grado de cultura y adelanto que ha alcanzado Buenos Aires”. Pero la lista de responsables no terminaba allí. La policía también había cometido “excesos”, pues en lugar de prevenir los desórdenes, tal como era su obligación, se había dejado

⁸ *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

⁹ Ver *El Diario*, 30 de septiembre de 1901, p. 1; *El Tiempo*, 30 de septiembre de 1901, p. 1; *El País*, 30 de septiembre de 1901, pp. 5 y 6; *Tribuna*, 30 de septiembre de 1901, p.1; *Caras y Caretas*, 5 de octubre de 1901. Hubo una excepción que merece ser subrayada, el diario *La Prensa* parece haberse esforzado por mantener una posición imparcial, evitando censurar explícitamente el comportamiento de los contra-manifestantes. Véase *La Prensa*, 30 de septiembre de 1901, p. 5.

¹⁰ *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1. La publicación de los círculos obreros y el periódico mitrista mantenían un constante enfrentamiento cuyo eje era la cuestión de la secularización y la limitación de la influencia de la Iglesia. No era raro, por lo tanto, que ambas publicaciones intercambiaran imputaciones o que entablaran duras polémicas.

llevar por un “furor de represión” que sólo había servido para agravarlos. Y, por último, los manifestantes, ya que –según *La Nación*– las supuestas víctimas habían asumido una postura temeraria que en nada había contribuido a apaciguar los ánimos: “iban provistos de palos como dando a entender que no temían la provocación, que era como invitar a que se produjese”.¹¹

Estas declaraciones de *La Nación* suscitaron la respuesta enfurecida del periódico católico. Escudándose en su posición pretendidamente imparcial, sostenía *El Pueblo*, el “ecuánime vocero de la ecuanimidad del general Mitre” daba vuelta los hechos y los tergiversaba “haciendo aparecer a la canalla como inocentes espectadores que se veían atacados por los peregrinos y por la policía”.¹² Lo cierto, no obstante, es que no pudo dejar de reconocer lo que constaba en todas las crónicas, incluyendo la suya. “¡El católico también pega!” tituló uno de los diarios y, en efecto, las descripciones muestran a unos manifestantes que, lejos de amedrentarse ante la embestida de sus contrincantes, respondían “al puño con puño y al palo con palo”. *El Pueblo* no lo negó pero aplicó el argumento de la defensa propia. Convertido en adalid de las libertades públicas, aseguró que los militantes de los círculos habían actuado en resguardo del “legítimo derecho a la manifestación” del que querían privarlos sus agresores.¹³

Otras publicaciones se hicieron eco de ese razonamiento e insistieron en que los manifestantes se habían visto forzados a emplear la violencia para defenderse de sus atacantes.¹⁴ Sin embargo, en su esfuerzo por justificar el proceder de los “pacíficos” peregrinos *El Pueblo* introdujo un motivo extra. La brutalidad, sostenía, era el único lenguaje que entendían los que se habían lanzado sobre los círculos:

[...] lo único que los calmaba eran los garrotazos que sabían recibir y que muchos de ellos habían agradecido en el fondo de su alma, pues así sentirían equilibrado su sistema nervioso.¹⁵

¹¹ *La Nación*, 30 de septiembre de 1901, p. 5.

¹² *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

¹³ *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

¹⁴ Ver *El Diario*, 30 de septiembre de 1901, p. 1; *El Tiempo*, 30 de septiembre de 1901, p. 1; *El País*, 30 de septiembre de 1901, pp. 5 y 6; *Tribuna*, 30 de septiembre de 1901, p.1; *Caras y Caretas*, 5 de octubre de 1901. La excepción, nuevamente, fue *La Prensa*, poco inclinada a presentar a los católicos como víctimas. Es necesario aclarar, por otra parte, que ninguna publicación recogió las acusaciones lanzadas contra *La Nación*.

¹⁵ *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1. Por eso también, afirmaba *El Pueblo*, la actuación policial era “digna de toda alabanza”. La vigilancia que correctamente ejercían los agentes se había transformado en represión, “pero ..., ¿cuándo? –Cuando los elementos de desorden se hacían agresivos, sólo entonces”.

Forajidos, malhechores, vagabundos, el diario no ahorra calificativos para referirse al “chusmaje anónimo” que tenía muy bien merecidos los golpes que había recibido. En este nuevo registro, los contra-manifestantes ya no eran simplemente “obreros liberales” algo exaltados; eran “sujetos malentrasados” que blasfemaban, resistían las órdenes policiales y asaltaban iglesias. No era difícil deducir quiénes eran y cuáles eran sus propósitos. Se trataba de “ciertos elementos” que albergaba la ciudad y “por las inflexiones de las voces se adivinaba las cavernas inmundas de donde provenían”. *El Pueblo* no tenía dudas al respecto: “puede ser que entre ellos se encontrara algún desgraciado contaminado ya por las estupideces anarquistas; pero la gran masa la formaban extranjeros, cuya mayor parte han llegado a estas playas expulsados de sus propios países o huyendo quizás de la justicia”.¹⁶

Ninguna otra publicación formuló afirmaciones de igual virulencia, nadie se atrevió a hablar, como lo hizo *El Pueblo*, de la “canalla apestada” que embestía a los peregrinos dando vivas a la anarquía. Aún así, no faltaron referencias a la intervención de anarquistas y también de socialistas en los tumultos del domingo. Según se dijo, durante los días previos militantes de las agrupaciones “disolventes” se habían encargado de repartir “con profusión unos carteles invitando a sus afiliados a concurrir a la plaza del Once para impedir que se celebrase la manifestación de los círculos”.¹⁷

El órgano del Partido Socialista, *La Vanguardia*, se apresuró a salir al cruce de tales versiones. La desmentida, sin embargo, no deja de ser ambigua. Por un lado, se objetaba la “bullanga callejera” armada por “los que se la tiran de liberales”, pues sólo había servido para provocar la represión policial y excitar el odio de los católicos. Por eso, era “encomiable la actitud de guardada por los socialistas: se abstuvieron no sólo de tomar parte de la gresca sino de presenciarse, demostrando que respetan la libertad de todos”. Pero, no todos estaban tan complacidos y sus lamentaciones sugieren que hubo algunas excepciones a tan “encomiable” proceder. En un artículo publicado a continuación del anterior, otro autor expresaba el profundo desaliento que le causaba descubrir que “al lado de los gritos más soeces” se habían oído también vivas al socialismo. Los trabajadores que habían tenido la “desgraciada idea” de sumarse a la contra-manifestación seguían sin entender que

¹⁶ *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

¹⁷ *El País*, 30 de septiembre de 1901, p. 6; también *La Prensa*, 30 de septiembre de 1901, p. 5; y *El Tiempo*, 30 de septiembre de 1901, p. 1.

de nada servía actuar “a la Don Quijote”, dando gritos y arrojando piedras.¹⁸ Por su parte, el periódico libertario *La Protesta* no se mostró particularmente preocupado por confirmar o refutar las denuncias que señalaban a los anarquistas como artífices del boicot hecho contra el mitin de los círculos. En su lugar, prefirió centrar sus críticas en el despliegue montado por la policía:

Todas las fuerzas de que dispone la repartición policial fueron puestas a disposición de los curas para [...] proteger la peregrinación de los obreros lanares, so pretexto de garantizar el libre ejercicio de los derechos constitucionales. En realidad todas esas fuerzas no sirvieron para otra cosa que para atropellar brutalmente al pueblo y arrestar a los ciudadanos en masa.¹⁹

Las crónicas, por lo tanto, están plagadas de imágenes. Trabajadores humildes y piadosos aunque prontos a dar pelea; liberales ofuscados que no respetaban los derechos ajenos; agitadores extranjeros que lanzaban consignas disolventes; socialistas confundidos que marchaban con la multitud inconsciente; y la policía que derrochaba esfuerzos y golpes para mantener el orden. Lo que está claro es que la presencia de los obreros católicos exhibiendo sus símbolos en las principales avenidas y plazas de la ciudad generó alboroto y provocó las “deplorables escenas” que tanto comentó la prensa. Pero, ¿por qué la manifestación de los obreros católicos derivó en una batalla callejera? Porque la calle no era tan sólo el escenario de esas batallas, sino que era también el objeto en disputa. Lo que estamos sugiriendo es que la competencia entre grupos antagónicos que aspiraban a representar y organizar a los trabajadores se trasladó al espacio público y tomó la forma de una pugna por la apropiación de lugares y de trayectos.

El antagonismo trasladado a las calles

La idea de los combates callejeros estaba muy presente en todos los relatos. “Palos, golpes, hasta balazos, han sido el resumen de tanto encono, exhibido en plena vía pública”, decía —por ejemplo— una de las crónicas.²⁰ ¿De dónde provenía tal encono? *El Pueblo* tenía una respuesta. En su opinión, la embestida sufrida por los peregrinos demostraba “con evidencia” la existencia de un “peligro social” que

¹⁸ *La Vanguardia*, 5 de octubre de 1901, pp. 1 y 2.

¹⁹ *La Protesta*, 5 de octubre de 1901, p. 2. *La Protesta* daba la cifra de 196 detenidos.

²⁰ *El Tiempo*, 30 de septiembre de 1901, p. 1.

había que apresurarse a conjurar a fin de evitar “mayores conflictos, cuyas consecuencias serán de todo punto de vista lamentables”.²¹ La explicación era previsible. No era la primera vez que la irrupción de “elementos callejeros”, como los llamaba el diario, suscitaba alusiones nerviosas a la existencia de una *enfermedad oculta* que se había introducido en la sociedad porteña y que amenazaba con extenderse hasta destruir los principios fundamentales sobre los que se asentaban la autoridad y el orden. Siendo así, todos los males quedaban reducidos a uno sólo: los perjuicios que traía consigo “la podredumbre arrojada por las naciones europeas”. Y lo más importante era que, identificado el problema, surgía con claridad cuál era la solución requerida. *El Pueblo* no titubeó en pedir a los poderes públicos la “expulsión de extranjeros” y recomendó asimismo que se impulsara “la sanción de una ley que permita a la autoridad recoger de la calle a todo desalmado que se titule anarquista y remitirlo a algún lugar desierto”.²²

Pero, junto con la referencia a un peligro social que las autoridades estaban en el deber de extinguir, fueron los propios católicos los que plantearon de manera explícita la cuestión de la contienda que los manifestantes y “sus viles enemigos” habían librado por ocupar “las veredas de la Avenida de Mayo”. Reunido con el presidente Roca en el balcón de la Casa de Gobierno, mientras abajo aguardaba el mitin, uno de los dirigentes de los círculos declaró:

Verdaderamente hay antagonismo entre los distintos grupos de obreros que han hecho ostentación de sus ideas y de sus prácticas en las calles de la metrópoli argentina, y este núcleo que acude hoy ante el primer magistrado de la República para solicitar la cooperación de V. E. a fin de que se dicten leyes propicias a su bienestar.²³

En este discurso, el problema central era el *antagonismo* que enfrentaba a las diversas tendencias que tenían (o pretendían tener) injerencia en el mundo obrero. Más aún, de lo que se trataba era de cómo esa rivalidad se expresaba en las calles. Los círculos habían sido creados en 1892 “con el fin de defender y promover el bienestar material y espiritual de la clase obrera en marcada oposición a la funesta

²¹ *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

²² *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1. Evidentemente, el discurso del diario católico reproducía aquel que, desde la matriz positivista, operaba la criminalización del anarquismo y lo enlazaba con el problema de la inmigración indeseable. Al respecto, véase, entre otros, Juan Suriano: “El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916”, en *Anuario 14*, segunda época, Escuela de Historia de la UNR, 1989-90; Eduardo Zimmermann: *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 126-136.

²³ *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

propaganda del socialismo y la impiedad”.²⁴ Habían transcurrido casi diez años desde entonces y las tendencias contestatarias (el partido y los gremios socialistas, pero –sobre todo– el movimiento libertario) continuaban expandiéndose. Los militantes católicos ensayaron múltiples estrategias con el objetivo de neutralizar el crecimiento de sus adversarios: desde las iniciativas asistenciales hasta la acción de los rompehuelgas, incluyendo, asimismo, la competencia en y por las calles.²⁵

Socialistas y anarquistas estaban acostumbrados a hacer uso del espacio público urbano a través de actos y manifestaciones. En particular, la conmemoración del 1º de Mayo era la ocasión en la que los distintos gremios y agrupaciones se apropiaban de la geografía urbana esgrimiendo allí sus banderas, sus eslóganes y sus reivindicaciones. En cada una de esas circunstancias, los sectores contestatarios no sólo exponían su presencia y la fuerza alcanzada por el movimiento obrero, sino que además se adueñaban de ámbitos y de recorridos que, por eso mismo, se cargaban de sentidos específicos vinculados con la protesta social.²⁶ Grote y sus seguidores comprendieron que los círculos obreros tenían que salir a disputar esos escenarios para poder hacer ellos también “ostentación de sus ideas y sus prácticas”.²⁷

Con anterioridad, los socios de la entidad habían protagonizado alguna que otra demostración pública, pero siempre espontáneas y poco trascendentes. La cuestión ahora era organizar una verdadera manifestación, la primera que habrían de realizar los círculos desde su fundación. La oportunidad elegida fue el domingo 29 de septiembre de 1901, a continuación de la peregrinación a Luján, y el motivo propuesto para marchar fue la petición a favor de dos proyectos de ley, uno relativo al descanso dominical y el otro sobre la reglamentación del trabajo de los menores. Ni el momento ni la consigna eran casuales. Tan sólo unos días atrás, el 15 de ese

²⁴ Así rezaba el artículo 1 del estatuto del Círculo Central de Obreros. Ver Auza: *Grote y la estrategia social ...*, p. 33.

²⁵ Recalde: *La Iglesia ...*, pp. 79-89.

²⁶ Ver Aníbal Viguera: “El Primero de Mayo en Buenos Aires, 1890-1950. Evolución y usos de una tradición”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, N°3, 1991; Adrián Gorelik: *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires, UNQ, 1998, pp. 198 y 199; Juan Suriano: *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-191*. Buenos Aires, Manantial, 2001, p. 325-327; Mirta Lobato y Juan Suriano: *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 33 y 34.

²⁷ Auza: *Grote y la estrategia social ...*, pp. 34 y 35. En 1901 los anarquistas conmemoraron por primera vez el 1º de Mayo en un espacio abierto, el lugar elegido para efectuar el acto fue la plaza Once. Ver Suriano: *Anarquistas ...*, pp. 325 y 326. Por su puesto, la avenida y la Plaza de Mayo poseían una centralidad que justificaba los esfuerzos de todos por ocuparlas. Gorelik: *La grilla ...*, p. 199.

mismo mes, un autodenominado Comité Popular Liberal, integrado por clubes anticlericales y socialistas, había efectuado un acto bajo el lema de asegurar “la separación de la Iglesia y del Estado”. Los anarquistas también participaron y la demostración resultó bastante numerosa. Todo transcurrió ordenadamente hasta que, sobre el final, se produjeron algunos choques entre los manifestantes y la policía.²⁸ Los círculos obreros decidieron responder a ese “bochorno”, como calificó *El Pueblo* a la reunión liberal, con una “grandiosa manifestación”:

Han bastado algunos gritos destemplados y algunas vociferaciones irreverentes, para que la fe de los católicos, herida en lo más íntimo, se manifestara en toda su entereza. [...] Verán hoy los que creían haber puesto de moda la impiedad y haber acobardado a los creyentes que todavía quedan católicos para rato, que aún hay fe en Israel.²⁹

En cuanto a la demanda de una legislación social, la solicitud de los trabajadores católicos venía a superponerse a otra hecha previamente por los socialistas. El 12 de agosto el partido había efectuado un mitin de desocupados para exigir al gobierno la adopción de medidas tendientes a solucionar el problema del desempleo que agobiaba a los sectores populares. La movilización fue muy numerosa, cerca de diez mil personas marcharon hasta la Plaza de Mayo. Como lo haría luego con los dirigentes de los círculos, Roca recibió entonces en la Casa Rosada a los delegados socialistas y les aseguró que el Poder Ejecutivo tenía en estudio varias medidas tendientes a mejorar la situación de las clases obreras. El presidente intentó incluso dirigir algunas palabras a la multitud reunida en la plaza, pero su discurso fue constantemente interrumpido por los silbidos y los abucheos de los manifestantes.³⁰

Los organizadores del mitin católico tenían clara conciencia de que “la manifestación de los círculos tendrá tanta más repercusión cuanto más numerosa sea”, razón por la cual trabajaron afanosamente para lograr una amplia concurrencia. Durante la semana previa, la actividad fue intensa en los locales de la asociación. Todos los detalles de la convocatoria fueron informados con anticipación y se celebraron asimismo varias reuniones proselitistas en los locales que la asociación tenía en los diversos barrios. La mañana del mitin, *El Pueblo* publicó en primera plana una invitación que los círculos dirigían a sus afiliados

²⁸ Para una crónica del mitin liberal ver, por ejemplo, *La Prensa*, 16 de septiembre de 1901, p. 5. Tanto *La Vanguardia* como *La Protesta* difundieron la convocatoria a la demostración.

²⁹ *El Pueblo*, 17 de septiembre de 1901, p. 1; 1 de octubre de 1901, p. 1.

³⁰ *La Prensa*, 13 de agosto de 1901, p. 5.

recomendándoles “con todo empeño” que, “en vista de la trascendencia del acto público” que se preparaba, cumplieran con “el sagrado deber” de incorporarse a la columna.³¹

La sugerencia, por lo tanto, adquiriría un tono decididamente imperativo. Al parecer, los esfuerzos de los organizadores dieron buenos resultados. Aunque las notas periodísticas no dan cifras, los reportes destacan la “gran importancia” que alcanzó la manifestación.³² Pero no era solamente la fuerza del número lo que los círculos querían mostrar en la calle; deseaban poder desplegar sus estandartes (los que habían llevado a bendecir a Luján) y ansiaban, sobre todo, probar que sus demostraciones en nada se parecían a las de las “turbas desesperadas y descompuestas” que solían marchar por la ciudad. *El Pueblo* vaticinó que el esperado evento sería imponente no sólo por la cantidad sino también por la calidad de los asistentes: “se les verá desfilar airoso y no se les temerá; se les aplaudirá más bien porque su honradez inspira respeto y su modestia cautiva las simpatías”. Indicamos ya la insistencia con que el diario recalcó el carácter sereno de los manifestantes católicos. Los otros (los “desalmados” que los habían atacado) eran bárbaros acostumbrados a emplear la violencia, los peregrinos —por el contrario— representaban “el elemento sano de los trabajadores de Buenos Aires, el elemento que vive todo el año recogido en los hogares y en las fábricas y que un día determinado, sale a la calle a hacer pública manifestación de su fe”.³³

Y no sólo para exteriorizar la fe se salía a la calle, ese ámbito habría de ser, a partir de entonces, la plataforma desde la cual los círculos dieran a conocer su programa social. Claro que, así como dicho programa difería por su contenido y sus objetivos del que levantaban los que no poseían otra bandera que “el desorden y el escarnio público de todo lo digno”, igualmente tenía que ser distinta la forma de ocupar el espacio público. Por eso, el mitin (que, tal como ya señalamos, aparecía como una prolongación de la peregrinación) se hacía para *pedir*, y no para exigir, al “Excelentísimo Sr. Presidente” su “protección” para las leyes propuestas.³⁴ Por eso también, los manifestantes recibían con aplausos y no con rechiflas la respuesta de Roca. Y por eso, en definitiva,

³¹ *El Pueblo*, 29 de septiembre de 1901, p. 1.

³² No hay números, pero considerando que el grueso de la columna se armó con los peregrinos que volvían de Luján, podemos calcular que los manifestantes eran varios miles.

³³ *El Pueblo*, 29 de septiembre de 1901, p. 1; 1 de octubre de 1901, p. 1.

³⁴ No por nada, la crónica de uno de los diarios decía que los católicos se habían dirigido a “rogar” al presidente que intercediera en favor de sus proyectos. *Tribuna*, 30 de septiembre de 1901, p. 1.

[...] el gobierno, la sociedad argentina, no pueden negar sus simpatías a una asociación que lejos de desplegar a todos los vientos la bandera roja, procura que sus asociados se cobijen bajo los pliegues de la gloriosa bandera azul y blanca y lleven con sincero entusiasmo el contingente de su adhesión a las autoridades legales, y de su respeto a las costumbres y a los derechos consagrados en esta sociedad cristiana.³⁵

Lo cierto, no obstante, es que aunque el vocero de los círculos se empeñara en construir un relato según el cual el avance de los peregrinos, “verdadero lujo de cultura”, había sido interrumpido por una horda de forajidos, todo indica que lo ocurrido más se pareció a otra escena descrita por el mismo diario:

Desde la salida del Once hasta la entrada a la plaza de Mayo la marcha de la columna fue una continua lucha con los socialistas, anarquistas, anticlericales y gente pagada “ad hoc”.³⁶

Ése es el punto que nos interesa destacar: el hecho de que el mitin de los círculos obreros se transformó en una *continua lucha*. Los rumores que anunciaban una contra-manifestación había circulado los días previos. Varios periódicos reprodujeron una información que aseveraba que “por diversos conductos anónimos” la policía estaba enterada de que existía un plan para boicotear el acto de los católicos. Las medidas extraordinarias ordenadas por el comisario Beazley sugieren que, en efecto, las fuerzas de seguridad estaban “sobre aviso”.³⁷

Con la evidencia disponible resulta imposible hacer una clasificación precisa de los contra-manifestantes. Si hubo un llamado para formar una demostración de esas características, ni la prensa socialista ni la anarquista se hicieron eco. Más aún, como vimos, *La Vanguardia* intervino para criticar aquello que consideraba pura bullanga callejera, desalentando la participación de los “trabajadores conscientes” en ese tipo de acciones. Desde la perspectiva del Partido Socialista, los movimientos populares tumultuosos no constituían en modo alguno un medio eficaz de lucha; por el contrario, los actos políticos de los que tomaran parte sus afiliados debían ser organizados y circunspectos, pues sólo así se conseguiría demostrar que eran “un partido de orden, que busca su desenvolvimiento dentro del ambiente legal”.³⁸ Sin embargo, uno se siente inclinado a creer que para los militantes no siempre era fácil

³⁵ La frase pertenece al discurso que pronunció Alejandro Calvo, dirigente de los círculos, en la Plaza de Mayo. Ver *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

³⁶ *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

³⁷ *La Prensa*, 30 de septiembre de 1901, p. 5; *El País*, 30 de septiembre de 1901, p. 6; *Caras y Caretas*, 1 de octubre de 1901.

³⁸ *La Vanguardia*, 17 de agosto de 1901, p. 1. Ese comentario fue hecho a propósito de la manifestación de obreros desocupados organizado por el partido en agosto.

percibir la diferencia entre una y otra forma de movilización. Tan sólo un mes antes, el partido había llamado a un mitin contra la desocupación. Luego, habían vuelto a la calle, esta vez con consignas anticlericales. Y ahora se encontraban con que los católicos salían a disputarles ese espacio asegurando que eran ellos los que encaraban la verdadera lucha por el bienestar de las clases trabajadoras. En cuanto a los anarquistas, pocas dudas caben de que la protesta contra la “gente de sotana” era un eslogan convocante y, de hecho, toda ocasión era buena para hacer propaganda a favor de la causa.³⁹

No podemos saber con certeza quiénes eran los contra-manifestantes, pero sí podemos afirmar que eran muchos (las crónicas hablan de cientos) e intuir que actuaron con cierto grado de organización previa ya que armados con piedras, cuchillos y, tal vez, revólveres, se colocaron estratégicamente a lo largo del itinerario que habría de transitar los católicos. Pocas dudas caben, por otra parte, de cuáles eran sus motivaciones. Los blancos de sus ataques fueron los “obreros lanares” (como los llamaba *La Protesta*), sus símbolos (incluida la iglesia de La Piedad) y la policía que los custodiaba. Los gritos con los que acompañaban sus acciones iban dirigidos contra los sacerdotes (calificados de cuervos y parásitos) y contra el oscurantismo que imponía la religión católica.⁴⁰

Todo hace suponer, por lo tanto, que los incidentes no tomaron a nadie por sorpresa, tampoco a los manifestantes. Porque, es importante reiterar que, a pesar de los alegatos de *El Pueblo*, los testimonios sugieren que la conducta violenta que asumieron los católicos no fue una mera reacción espontánea ante un ataque imprevisto. Buscando resaltar la relevancia del “triumfo” obtenido, el propio diario observó: “se había trabajado empeñosamente, y eso era sabido por los organizadores del acto, en el sentido de conseguir que fracasara la manifestación. Pero todo ha sido inútil.” Es decir que los dirigentes encargados de programar el

³⁹ Al anunciar la realización del mitin anticlerical planeado para el 15 de septiembre, *La Protesta* había exhortado a los trabajadores a que asistieran, recomendándoles que aprovecharan la oportunidad para repartir impresos de propaganda. Ver *La Protesta*, 14 de septiembre de 1901, p. 4. De hecho, *La Nación* informó que durante ese acto circuló “una hoja suelta” anunciando la contra-manifestación que se planeaba oponer a la de los obreros católicos el domingo 29. *La Nación*, 16 de septiembre de 1901, p. 5.

⁴⁰ *La Prensa* incluso señaló que era muy probable que el ataque a la parroquia de La Piedad hubiera estado preparado, pues los asaltantes habían actuado como si existiera un “plan uniforme de caer sobre la iglesia por su frente y flancos”. Ver *La Prensa*, 30 de septiembre de 1901, p. 5. Con anterioridad, durante el mitin de desocupados organizado por los socialistas, un grupo de manifestantes había apedreado una capilla ubicada en la calle Moreno. Ver *La Prensa*, 13 de agosto de 1901, p. 5.

mitin conocían de antemano que probablemente habría conflictos, como también lo sabían los que acudieron al mitin “dispuestos a todo”. Frente a estas declaraciones que sugieren que la expectativa de conflictos estaba presente desde el comienzo, el argumento de la defensa propia pierde consistencia. De hecho, no son pocas las referencias que indican que los socios que viajaron a Luján lo hicieron armados, un dato que vuelve verosímil la siguiente escena descrita por los reporteros de *La Nación*:

En la estación, mientras llegaba la hora de salida de los trenes, se hablaba de la manifestación del día y de la anunciada contra-manifestación. A un católico le oímos decir: –Les probaremos que un creyente vale tanto como cualquiera; que se atrevan y verán.⁴¹

El ánimo pendenciero de los peregrinos (convertidos luego en manifestantes) fue alimentado por el sermón que en la catedral del Luján les dirigió el obispo Gregorio Romero, un entusiasta patrocinador de la labor de Grote. Romero los instó a convertirse en “las murallas vivas” que frenaran “el viento que echa para atrás nuestra bandera y quiere poner atajo a nuestra marcha”. Había que salir a combatir porque “la tempestad está en las calles; bulle en los centros anárquicos un mal que cunde y serpea por el organismo de las clases obreras”. Convencido de que los obreros de círculos cumplirían con el deber que les imponía la “virtud de la acción viril”, Romero los despidió como si se encaminaran a una guerra: “Os saludo pues, como a los hijos de los Cruzados que no darán un solo paso atrás, frente a los hijos de la Comuna.”⁴²

Y en términos bélicos fue que *El Pueblo* hizo su narración de los hechos. Los manifestantes habían tenido que repeler el “injusto ataque” perpetrado por sus “enemigos”, pero haciendo gala de su “valentía”, habían logrado salir “victoriosos”. Había que celebrar, por lo tanto, el “triumfo del domingo”:

La única manifestación popular numerosa y digna de tomarse en cuenta el día del domingo ha sido la gran manifestación obrera de los círculos. [...] los Círculos han ganado en fuerza, en unidad y en popularidad con la gran manifestación del domingo y están dispuestos a defenderse en cualquier terreno donde se les busque.⁴³

⁴¹ *La Nación*, 30 de septiembre de 1901, p. 5. Ya de regreso en Buenos Aires, los obreros de los círculos encontraron quien los secundara en la pelea con los contra-manifestantes, pues –al parecer– los estudiantes que acompañaban el mitin católico fueron los primeros en encarar a los agresores. Ver *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1; *El País*, 30 de septiembre de 1901, p. 6; y *La Prensa*, 30 de septiembre de 1901, p. 5.

⁴² *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

⁴³ *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

Cualquier terreno quería decir también la calle, vista de ahí en más como un escenario estratégico del que había que tomar posesión para refrendar con la fuerza del número los reclamos que se hacían a las autoridades y para competir por la adhesión de esos trabajadores que “la desesperación y la ignorancia arrojan en el seno de las agrupaciones perturbadoras”.⁴⁴ Los círculos habían optado por salir a pelear en el espacio público, a sabiendas de que ello implicaba “repartir palizas”. Al hacerlo estaban procedían según los dictados de los nuevos tiempos en una ciudad en la que “se abusa[ba] del *meeting* hasta la saciedad”:

Los obreros católicos han hecho perfectamente. Así cada cual toma su sitio, y la verdadera libertad de acción sobrevendrá, un poco por respeto al derecho ajeno y otro poco por aprensión a la paliza. Será un tanto moderno el tipo del católico que no sólo las toma como en los tiempos del sacrificio, sino que reacciona lindamente y las da, pero es más democrático y encaja más en la actualidad social.⁴⁵

Conclusión

Hemos intentado mostrar de qué manera algunos de los conflictos políticos e ideológicos que recorrían el mundo de los trabajadores urbanos se expresaban en las calles de Buenos Aires. Es por esa razón que, en nuestra opinión, vale la pena detenerse en este episodio. Creemos que el mitin de los obreros católicos y la contra-manifestación liberal deben ser vistos como parte de un enfrentamiento entre grupos rivales que incluía también, junto con otras dimensiones, la contienda por la ocupación del espacio público.

Los círculos organizaron una demostración que debía ser grandiosa y que habría de atravesar la ciudad hasta la Plaza de Mayo (así lo enunciaba *El Pueblo*). Los objetivos eran varios. Por un lado, reclamar –o mejor dicho, tal como lo planteaban ellos, solicitar— la atención de las autoridades. Y esto no sólo porque lo que demandaban era razonable e incluso conveniente desde el punto de vista del mantenimiento del orden social (es decir, aplicar paliativos que evitaran el agravamiento de los conflictos), sino porque ellos aspiraban a convertirse en el único interlocutor reconocido y, en consecuencia, habilitado para hablar en nombre de los trabajadores. Por otro lado, los dirigentes de la institución advirtieron que el

⁴⁴ Discurso de Alejandro Calvo, en *El Pueblo*, 1 de octubre de 1901, p. 1.

⁴⁵ *El Tiempo*, 30 de septiembre de 1901, p. 1; *El Diario*, 30 de septiembre de 1901, p. 1.

movimiento que lideraban necesitaba salir a disputar en y por la calle si lo que quería era continuar expandiéndose. En la Buenos Aires del novecientos, las calles eran espacios políticos en donde diversos grupos se enfrentaban entre sí (y en no pocas ocasiones, tal como lo muestra el caso de los contra-manifestantes, con la fuerza pública) para dar a conocer sus intereses, necesidades y aspiraciones, a la vez que rebatían las de sus oponentes.

Ese enfrentamiento poseía aspectos muy concretos: la pelea física, incluso territorial, por el espacio que unos buscaban conquistar y los otros pretendían arrebatarse; y la irrupción de la contra-manifestación en el bautismo callejero de los obreros católicos es un elocuente ejemplo de ello. Al mismo tiempo, la contienda era también simbólica. En primer lugar, porque la presencia en el escenario público ofrecía la oportunidad de hacerse ver y escuchar, otorgándole a los propios emblemas y consignas una proyección de la que de lo contrario carecían. Los círculos marchaban para exhibirse, para mostrar —como decía *El Pueblo*— que eran una fuerza en acción. Pero esa exposición no dejaba de ser un esfuerzo consciente y cuidado por diferenciarse de los otros, aquellos con los que competían por la representación y el encuadramiento de los trabajadores. Los lugares y los itinerarios se repetían, lo que se buscaba modificar eran los sentidos asociados a esos contextos. Quienes quiera que hayan sido los contra-manifestantes, lo que está claro es que comprendieron lo que estaba en juego y, sabiéndolo, se lanzaron a dar batalla. Por eso las piedras, los palos, los insultos; de ahí la violencia que de la que se valieron todos, incluidos —por su puesto— los peregrinos.

Finalmente, importa observar que junto con los choques que se producían en las calles, había asimismo pugnas discursivas que se desarrollaban en las páginas periodísticas. Vimos que las publicaciones justificaban o censuraban los motivos y las acciones de los protagonistas de los disturbios. Comprobamos que se construyeron diversas versiones de lo ocurrido, explicaciones superpuestas y aún enfrentadas. Esas miradas en tensión, de las que surgían múltiples representaciones e imágenes sobre los combates callejeros, eran parte también de dichos combates.